

A LOMOS DEL PASADO

Jacinto PEREZ MERINO

“Pinilla”

Como en tiempos de mi incipiente juventud, y ahora, con cerca de quince lustros de vida sobre las espaldas, me seduce caminar hacia los espacios abiertos e identificarme con la naturaleza que me rodea, al tiempo que monologo sobre los trascendentales aspectos de la vida actual y lo relativo a un pasado en el cual me tocó vivir. Es así que, en días soleados camino por una vereda cercana a mi domicilio que me llevará a un elevado promontorio. Ya, sobre este lugar, oteo el ancho mar por el que navegan constantemente las naves en sus incesantes singladuras.

Hay días, en los que se destaca nítidamente la Isla de Gran Canaria; ocurre esto cuando no se forma la barra de nubes que la hace lejana e invisible. La brisa marina azota mi rostro con placidez, lo que me invita a evocar otros momentos no exentos de cierta melancolía que se pierden en la lejanía de otros tiempos vividos junto a las vertientes marinas del Cantábrico.

Reclinado sobre una basáltica rocosidad, al amparo del fuerte sol, contemplo en toda su extensión la capital tinerfeña, mientras llega a mis oídos el inconfundible rumor de la ciudad perturbada por una ambulancia con el ulular de su sirena en desafortunada carrera por salvar vidas. Abajo, la dársena con el puerto y sus instalaciones.

Las lluvias de los últimos días han dado lugar a que entre las grietas con trazas volcánicas, retoñen los arbustos; una vegetación rala de tajarales y matorrales abiertos, aparte de algunas concentraciones de tabaibas y dragos adosados a los roques cantiles de los intrincados barrancos, no faltando, para regalo de los sentidos, las fragancias que se desprenden de otras plantas, como el orégano, tomillo o poleo bajo una agradable temperatura y sol tonificante en estas latitudes del Archipiélago Canario.

Entre monte y mar, y, mientras mordisqueo una hierba, contemplo un azulado y diáfano cielo. Una estela de blancas y simétricas líneas acaparan mi atención; casi imperceptible a la vista, una esbelta nave aérea surca el espacio, dejando tras de sí como si fuera la cola de un alado pájaro mitológico. Mientras, a escasos metros de altitud, un cernícalo revolotea para lanzarse sobre alguna eventual y despistada presa.

Después de un forzado lapso de tiempo, he tomado de nuevo la senda que me acerca al promontorio. Llevo conmigo la Revista OARSO del año anterior. Me reconforta volver a hojear sus páginas, lo que me permite sondear en la mente sobre hecho y vivencias del pasado renteriano y los acontecimientos del presente. Mi atención se centra en torno a la epidemia de viruela padecida entre los años 1920-1921. Recuerdo difusamente este suceso, así como la forma en que nos libramos toda la familia de contraer la enfermedad. El primer brote se detectó en el 2.º piso de la vivienda n.º 10 de la Plaza Principal y nosotros residíamos en el tercer piso, lugar de mi nacimiento; entonces yo contaba con cuatro

años y algunos meses de edad, y, sin embargo, algo hay en mis recuerdos que me transportan a un pasado en el que nuestros padres deslizaban una cesta atada a una cuerda hasta la calle para poder recibir los alimentos, debido a la cuarentena para evitar la extensión de la enfermedad.

Nuestra vivienda, tenía un aspecto tétrico, con su chimenea a base de leña donde cocinar el condumio. Mi hermano Valeriano y yo, dormíamos en una habitación en cuyo techo había ocho travesaños de madera, los cuales, al ser contados en repetidas ocasiones, me permitieron aprender a sumar y a multiplicar, a pesar de que siempre me he caracterizado por cierta alergia a las matemáticas. Fue en el precitado domicilio de la Plaza Principal de Rentería donde perdimos la fantasía de los Reyes Magos, al descubrir a nuestro hermano Eduardo cuando iba a depositar los juguetes en el balcón. Recuerdo asimismo el miedo que nos daba subir al desván para otear desde la claraboya, al oír cantar a los gorriones en algún nido oculto, así como el tratar de agarrar algún murciélago colgado del techo. También acude a mi memoria aquella ocasión en que, estando junto a la chimenea, oímos cómo nombraban a nuestro padre, el cual, conmocionado por lo que le decían desde el zaguán del portal y tras reconocer a la persona que lo llamaba, bajó, no sin refunfuñar de que era una c... eso de que le llamaran señor concejal. De ésta singular manera entró a formar parte de la Corporación Municipal por orden de las autoridades, tras el golpe militar del general Primo de Rivera. Es curioso destacar que nuestro padre no sabía de letras ni de números, aunque estampaba legiblemente su nombre y apellido. Por el contrario, si uno lee las actas de aquella primera Corporación, observará que el Sr. Secretario, en alguno de los asuntos sometidos a debate añadía: “Faltan las firmas de algunos concejales que no saben firmar”.

He de mencionar también como un recuerdo de picardía infantil, que en la parte baja del edificio contiguo había un Restaurante en el que se me permitía adentrarme en la cocina para jugar. En una ocasión, hallándome debajo de la mesa grande, jugando con el gato y el perrito de la casa, se me ocurrió perder la vista entre las enaguas y largas bragas que en aquel tiempo usaban las féminas. Esta curiosidad me valió un buen escobazo y los ladridos del perrito que no sé si iban dirigidos contra la cocinera o contra mi pequeña humildad.

La Plaza Principal, era para los de mi edad lugar de juegos, bien entre las arcadas del Ayuntamiento, las escaleras de la Iglesia Parroquia o entre sus columnas ya en el interior del templo, juegos que consistían por lo general en emular a policías y ladrones. Saliendo de la Iglesia, a la derecha, había un paso estrecho (estrechísimo se me hacía por aquel entonces), que todavía permanece invariable a pesar de los años transcurridos, por el cual pasaban los difuntos a hombros de sus acompañantes hacia el cementerio de Gaztelucho.

Algo que quedó bien grabado en la mente de mi niñez fue la criminal muerte de un menor en el barrio de Gros





de San Sebastián, muerte que para el pueblo llano fue obra de un tísico o tuberculoso para extraerle su sangre; a raíz de aquel lamentable suceso nuestros padres al ir a reprendernos por alguna travesura nos decían que iba a venir el hombre del saco para llevarnos. Incluso creo que hubo un bando del Ayuntamiento aconsejando que los niños se recogiesen en sus casas a partir de las 18 horas.

Tiempo después nos mudamos a la calle Viteri; nuevas amistades y el progresivo crecimiento en esta principal arteria de la Villa. Debo recordar al llegar a este punto a todos los de la pandilla¹, cuando aquel aciago 18 de julio que ha quedado grabado en la historia de España, acabó con nuestra amistad al proyectarnos fuera del entorno en que vivíamos confiados fantaseando sobre nuestras juveniles ansiedades en los paseos vespertinos de la antedicha y popular calle Viteri. Con ellos o en compañía de mi fiel y entrañable perro, he caminado por todos los montes cercanos y por otros no tan próximos a Rentería, identificándome con la naturaleza, nexo de unión esencial para la vida de todos los seres humanos, tan maltratada en los últimos tiempos²... Se trata de recuerdos indelebles que acuden a mi mente con la revista Oarso en la mano en este remanso de paz que proporciona el promontorio desde el que diviso la grandeza del mar.

¡Villa natal, cuán lejos te encuentras en la distancia, pero qué cerca de mis sentimientos! Te conocí cuando aún era posible adentrarse en la lujurante y bucólica vegetación que rodeaba lo que ya en tiempos de lejana historia se consideraban sus extramuros y defensa contra la invasión de intrusos. Los baños en tardes estivales en la represa del río Oyarzun junto a las huertas de Fandería, plasmados en un lienzo cuyo autor no recuerdo en este momento. Zambullidas coreadas entre gritos de alegría en unas aguas tranquilas y transparentes que, al lado de los juncos de la ribera daban un encanto al lugar indescriptible. Y, allí, en lo alto, el Monte Jaizquíbel montando guardia perenne en torno al núcleo de la Villa, un lugar predilecto cuyas atalayas tomábamos por asalto toda la pandilla, para acto seguido correr laderas abajo hasta aproximarnos a los acantilados, en cuyas oquedades, gentes osadas por la necesidad, cosechaban suculentos percebes tras el retiro de las olas del mar

casi siempre bravío. O cuando sin encomendarnos a Dios ni al diablo, nos acercábamos a las vaquillas que pastaban por el lugar, para emular a “Chiquito de Rentería” (torero) que ya gozaba de cierto predicamento. Estas vaquillas durante las fiestas patronales se encargaban de dar buenos revolcones a los renterianos que celebraban con júbilo las Magdalenas. Después, con las energías y la osadía propias de la edad, solíamos adentrarnos por un angosto y oscuro túnel, cuyo destino tenía el trasvase de agua manantial hacia Puntas de San Juan. En el centro, había un pequeño canal de obra, sobre el cual, unas lajas de piedra impedían que desprendimientos de tierra encenegasen la fluidez del líquido elemento. En plena oscuridad y en la lejanía, un pequeñísimo haz de luz nos indicaba el final del túnel. El primero de la fila debía advertir según avanzaba paso a paso, la falta de alguna laja, puesto que si lo silenciaba daba lugar a algún traspiés y a la consiguiente bronca. Alcanzada nuestra meta y al abrigo de una pequeña cala nos dábamos un baño de mar para librarnos del embarrado de nuestros cuerpos adquirido en la travesía por el túnel. Vayan pues desde estas páginas de la Revista Oarso mis retrospectivos e indelebles recuerdos. Sé bien y lamentablemente que a muchos de vosotros se os fué la vida en plena juventud por diversas causas, que en Rentería no han pasado desapercibidas.

1.- A vosotros: Luis Bastida, Manuel Hernández y Ulpiano, hermanos Julio y Emilio Díaz, Félix Cadillanos, José García, Joaquín López, Ezequiel Alonso, Paulino García, Pedro Odriozola, Lucio Franco, Jesús Echeverría, Emilio Belmonte, Macazaga, Cuarteto, Amestoy, hermanos Leopoldo y Agustín Oreja y ocasionalmente Julio Gil asiduo colaborador de esta Revista recientemente fallecido.

2.- “DESESPERANZA” Verso publicado en 1986 (Revista n.º 21), en el que se alude al deterioro del medio ambiente, y que es un reflejo de lo que está sucediendo en toda la región del País Vasco, al igual que acontece en otras latitudes del Planeta.